



Comenzamos el año y desde el Servicio de Atención Espiritual y Religiosa (SAER) de la Clínica os proponemos reflexionar sobre la Responsabilidad y el Cuidado de la creación como expresión del Amor a Dios y al prójimo. Se nos invita a “cultivarla y cuidarla” (Gn 2,15). Vivir conscientemente es agradecer y proteger. Nuestra responsabilidad con la *casa común* (Laudato Si’) nace del amor: cuidarla para que otros mañana también puedan llamarla hogar, con justicia, humildad y esperanza compartida, siempre.

www.nuestraseñoradelapaz.es

LA TIERRA COMO DON

La Tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos (Papa Francisco, Laudato Si’).

No heredamos la Tierra de nuestros antepasados, la tomamos prestada de nuestros hijos (Proverbio atribuido a pueblos indígenas norteamericanos). El ser humano no es el dueño de la creación, sino su custodio (Benedicto XVI)



La Tierra no es simplemente un recurso que el ser humano puede usar sin límites, sino un don gratuito recibido de Dios. La creación es expresión del amor divino y signo de su presencia permanente en el mundo. Todo lo creado tiene valor en sí mismo, porque ha sido querido por Dios y confiado al cuidado del ser humano. Lo perfecto-imperfecto a perfeccionar. Reconocer la Tierra como don implica asumir una actitud de gratitud, humildad y respeto. No somos dueños absolutos de la creación, sino administradores responsables, llamados a cuidarla y protegerla para las generaciones presentes y futuras.

Cuidar la creación no es solo una cuestión ecológica, sino también una exigencia espiritual y moral. Amar a Dios implica respetar su obra; dañar la naturaleza es, en cierto modo, despreciar el regalo que Él ha puesto en nuestras manos. El deterioro ambiental afecta directamente a los más pobres y vulnerables. La contaminación, el cambio climático (¡que siempre ha existido!) y la explotación irresponsable de los recursos generan injusticia, pobreza y sufrimiento. Por ello, el cuidado de la creación es también una forma concreta de amar al prójimo, especialmente a quienes más padecen las consecuencias de la crisis ecológica.

Tendríamos que vivir y difundir la espiritualidad ecológica porque tal espiritualidad nos invita a redescubrir nuestra relación profunda con la naturaleza desde la fe. No se trata solo de realizar acciones externas, sino de cultivar una mirada contemplativa, capaz de reconocer a Dios en la belleza y armonía de la creación. Esta espiritualidad promueve estos valores: la sobriedad y el consumo responsable, el agradecimiento por lo que recibimos, el respeto por toda forma de vida, el compromiso activo con el cuidado del entorno. Vivir una espiritualidad ecológica significa integrar la fe en la vida cotidiana, tomando decisiones responsables que reflejen coherencia entre lo que creemos y lo que hacemos. Como el ser humano forma parte de la creación, está profundamente conectado con la Tierra. Cuando esta relación se rompe, también se deteriora nuestra propia humanidad. Por eso, reconectar con la Tierra implica reconocer nuestra interdependencia con el resto de los seres vivos y asumir una responsabilidad activa en su cuidado. Esta responsabilidad se expresa en acciones concretas como: reducir el desperdicio y el consumo excesivo, proteger los ecosistemas, promover estilos de vida sostenibles, educar en el respeto por la creación, cuidar la Tierra es cuidar la vida, la dignidad humana y el futuro común.

En definitiva, la Tierra, como don de Dios, nos llama a una respuesta responsable basada en el amor, la justicia y la solidaridad. El cuidado de la creación no es opcional, sino parte esencial de nuestra fe y de nuestra vocación humana. Vivir esta responsabilidad es un camino de conversión personal y comunitaria, que nos invita a construir un mundo más justo, fraterno y en armonía con la creación. Es confesarnos defensores de la Hospitalidad.

RESPONSABILIDAD

“Es muy frecuente hablar de libertad, de defender esta capacidad del hombre de ser libre, sin embargo, no se habla tanto de responsabilidad. Ser responsable supone asumir las consecuencias de los propios actos, de nuestras decisiones. La responsabilidad no significa sólo responder ante uno mismo, hemos de responder también ante los demás. Una persona responsable toma decisiones conscientemente y acepta las consecuencias de sus actos, dispuesto a rendir cuenta de ellos. Para que exista responsabilidad, las acciones han de ser realizadas libremente. En las últimas décadas, estamos viviendo cada vez con más fuerza un acercamiento al cuidado de nuestro planeta Tierra, tanto a nivel individual como en distintos grupos y grandes asociaciones, obedeciendo a distintas sensibilidades y conocimientos especializados. Es fundamental para afrontar con éxito este cuidado, poner en práctica la responsabilidad de todos y cada uno de los moradores de la Tierra, independientemente de su situación o lugar de residencia. Ante esta situación los cristianos estamos llamados a desarrollar la espiritualidad ecológica, uno de los objetivos de *Laudato Si'*, la encíclica del papa Francisco; en ella nos ofrece una perspectiva única que nos anima a reconocer la presencia de Dios tanto en la belleza como en el sufrimiento de la Creación. La comprensión y, lo que es más importante, el cumplimiento de este objetivo a través de acciones urgentes e inmediatas en el cuidado de los demás y de nuestra casa común, se caracteriza por tres elementos clave: contemplación, compasión y cuidado.



La contemplación es el fundamento de la Espiritualidad Ecológica. Implica “ver a Dios en todas las cosas” y percibir el universo como una encarnación de lo divino. Esta perspectiva reaviva nuestro asombro y admiración por el intrincado orden y la belleza del mundo. Al considerar el universo un templo sagrado, invitamos a nuestra vida la esencia de la contemplación. La compasión es otro aspecto vital de la Espiritualidad Ecológica. Fundamentada en la encarnación, esta dimensión nos anima a cultivar la ternura y a permanecer atentos tanto al clamor de la Tierra como al de los marginados. El Papa Francisco nos recuerda que la espiritualidad no está desconectada del mundo que nos rodea. La compasión genuina se extiende a todas las formas de vida, subrayando la interdependencia entre los seres humanos y no humanos.

El cuidado encarna el aspecto práctico de la Espiritualidad Ecológica. Al adoptar una “cultura del cuidado”, allanamos el camino hacia una “civilización del amor” en medio del actual telón de fondo de desafíos globales, como la degradación medioambiental y los conflictos. Adoptar la sobriedad y la sencillez resulta crucial cuando el planeta se enfrenta a las repercusiones del consumo excesivo. Este cambio de estilo de vida coincide con el núcleo de la Espiritualidad Ecológica, que pide moderación y satisfacción con menos cosas. Pidamos ayuda al Señor para que nos guíe en esta tarea, y poder dar testimonio con nuestra responsabilidad, en el mundo que nos movemos.

PARA PENSAR

Cuando perdemos la conexión con la naturaleza, perdemos también una parte de nuestra humanidad. **(Erich Fromm)**
La naturaleza no es un lugar para visitar.
Es el hogar. **(Gary Snyder)**

EL RINCÓN DEL COLABORADOR

La Tierra es un regalo, un don gratuito, que no nos pertenece del todo: la hemos recibido para cuidarla y compartirla. Cada gesto de cuidado es una oración silenciosa. Nuestra responsabilidad no nace del miedo, sino del amor: amor a Dios, a los demás y a las generaciones futuras. Para Simone Weil “el arraigo es quizás la necesidad más importante y más desconocida del alma humana” por ello, necesitamos una relación viva y respetuosa con la tierra, la comunidad y el mundo recibido. Esta mirada nos enseña que no somos dueños, solo estamos de paso y hemos de ser cuidadores agradecidos. Reconocer la Tierra como don, puede resultar complejo, pero nos saca del egoísmo y nos sitúa en la responsabilidad: lo recibido pide respuesta. Estamos llamados a cuidar la Tierra como acto de humildad, porque nos recuerda que dependemos de ella y de los demás. Cada campo cuidado, río limpio o árbol protegido, cada gesto sencillo es una forma de alabanza. La responsabilidad no debería nacer del miedo al castigo, sino del amor a los demás y nuestra contribución al mayor bien futuro de todos. Como “hermanos y hermanas” de la creación, estamos llamados a vivir con sencillez, respeto y gratitud, para que este don siga siendo hogar para todos, hoy y mañana.

Elena Iglesias López
Profesional SAER - CNSP